

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

En Madrid...	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
	Un año.....	82 »
En provincias.	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
Ultramar y extranjero.....		8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,
AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Estudios morales y políticos: *Vinculos de familia*, por D. Leandro A. Herrero.—*Á una rosa*, poesía, por D. Dámaso Delgado Lopez.—Galería histórica: *La viuda de Padilla*, por D. Joaquin Tomeo y Benedicto.—*Mariguilla la idiota* (continuación), novela, por doña Rogelia Leon.—Galería de artistas célebres: *Miguel Ángel* (continuación), por D. Julian Castellanos.—Revista musical, por D. Felipe Perez de Anaya.—Esplicacion del figurin.—Variedades.

Pliego catorce de *Angela ó El Ramillete de Jazmines*, novela original de doña Faustina Saez de Melgar.

ESTUDIOS MORALES Y POLÍTICOS.

VÍNCULOS DE FAMILIA.

La madre que vive en sus hijos y nietos tiene en la especie humana el privilegio de no sentir el dolor que causa envejecer.

(Mad. Sirey; *La madre de familia*.)

Los lazos de consanguinidad se van reduciendo entre nosotros á una mera fórmula, á una grotesca ceremonia: no nos presentamos en casa del pariente

más que á felicitarle su cumpleaños ó á asistir á su entierro: las familias se separan, se aíslan cada vez más, y apenas se dan señales de existencia, impulsadas por esa fria indiferencia que todo lo invade ya, y se apodera de todo.

La madre tiene el desconsuelo de perder á sus hijos tan pronto como se facilitan un hogar nuevo y una familia nueva: todos sus afanes, toda su ternura, toda una vida de sacrificios eternos son recompensados por el olvido, por la ingratitud, por la negacion del cariño filial, última herida que arranca fibras sangrientas del bello corazon de una madre; y si á este cuadro desgarrador se añade la senectud que arruga su cara sin que los besos de los nietezuelos la presten su dulce calor, tendremos completo el ideal de su existencia de lágrimas, ideal despojado de luces, que vegeta como una planta estéril, cuyo gérmen depositó en una paramera el pico de una ave exótica, ideal funesto donde el átomo de polvo organizado llega á confundirse con ese glóbulo de materia flotante en el vacío que llamamos tierra.

Abandonamos á la ancianidad, y nos molestan sus impertinencias, su grande avaricia, su grande

locuacidad, sin comprender que al cabo de algunos decenios tenemos que ocupar su puesto, porque en la vida de la materia todo es prestado y perecedero, y la partida del bautismo casi se confunde con la de defuncion. Y en efecto; la senectud se nos hace intolerable, porque la aislamos, la relegamos, la olvidamos: se afana por conservar un puñado de oro, porque sin él nadie la socorrería en su débil condicion; y en cuanto á esa especie de infancia á que retrocede, ¿cómo queremos despojar á su árida existencia del único encanto, de la única delicia, que es alimentar su alma con las dulces memorias del pasado?

Este sér sublime y miserable que llamamos *hombre*, siempre tiene valor á nuestros ojos para hacernos el bien y contribuir á nuestra grandeza: exhumad esa triste osamenta de la vejez que ha depositado su carne en pedazos en los brazos del tiempo, ese panteon inmenso de nuestras civilizaciones muertas que nos transmitieron su alma en un libro; exhumad ese esqueleto de hueso que vive de milagro, y encontrareis un espíritu inefable que tiene aromas divinos como el vuestro, que tiene sentimientos, cultos y adoraciones, que se eleva como nosotros de la nada al infinito. ¿Podeis desechar la excelencia de ese sér?

Preferimos rodear de estraños la cuna de nuestros hijos, como si ellos pudieran llenar el vacío que dejan las sombras de sus abuelos, esos troncos marchitos, que ya que no tienen savia ofrecen un resguardo á los retoños, esos venerables patriarcas que son la tradicion viva del pasado; fuente perenne cuyas gotas necesita nuestro corazon para identificarse con la humanidad desde su origen, para seguirla en sus trasformaciones, hasta parar en el presente que nos detiene, y al que todavía pedimos una induccion para lo porvenir.

¡Considerad qué prodigio! Ese anciano que se aproxima al ocaso, que se acerca al limite de la materia, lejos de aparecer como un estoico, lejos de ostentar el ceño amargo de la esperiencia, el hastío de una vida que agobia y que paraliza los órganos, conservando solo el privilegio de las repercusiones del pensamiento, esa ola sin limites que combate á la materia como el alma, que se degrada ó se engrandece con ella, lejos de abatirse con su martirio constante en columbrar la luz de las perfecciones indefinidas, sin poderlas realizar por la petrificacion de sus sentidos, ese anciano, repetimos, se ha trasfor-

mado en inocente niño, y tiene complacencia en habitar entre niños, en acompañarse de ellos, en participar de sus juegos y trasportes, en hablarles su idioma, en enseñarles el suyo, en saborear los ratos deliciosos que inspiran esas tiernas criaturas que conocen el secreto de la cándida sonrisa de los ángeles. Todo esto prueba que lo último que vive en nuestro sér son los recuerdos de la niñez primitiva, y que la ancianidad y la infancia son dos hermanas queridas que se atraen y se abrazan mutuamente; que se comprenden y se aman, que se buscan y se recrean, porque en ambas edades la vida de la materia nos da apenas señales de existencia, mientras la del alma se ofrece en la plenitud de su pureza.

Y, en efecto: seguid por un momento á la anciana triste y meditabunda: llega al hogar; sus ojos centellean de alegría; parece que se despoja de su viejo vestido á la puerta. ¿Quién la ha trasformado? Oid, oid las risas de los pequeñuelos que acuden en tropel á posarse en sus rodillas. ¡Con qué paciencia resiste sus múltiples impertinencias: este la pide un juguete, aquel un cuento: con todos se identifica, á todos atiende y á todos satisface; mece al que está en la cuna, compone los vestidos á los demás, inventa juegos y recreos, narra historias y consejos que suspenden su alma naciente, que la cautiva, que la extasia; no hay duda, es una segunda madre, con su dulce voz, con su propia mansedumbre; es la imagen del ángel tutelar que derrama sus glorias sobre la cuna para contribuir á nuestro bien y á nuestra grandeza.

La majestuosa figura del anciano abuelo presta un resalte tan solemne al grandioso lienzo de la familia, que es imposible reemplazarlo por la de ningún estraño convenientemente.—¿Y qué mayor alborozo para el hogar que el de cobijar el árbol completo de su generacion integra sin aditamento de otra especie? ¿Pensais que los renuevos no necesitan de un tronco carcomido que sirve de base y fundamento?—Pues separad las capas de esa corteza arrugada, traspasad su *liber* helado, y en el fondo encontrareis todavía la albura cuyos riquísimos filamentos destilan gotas de savia.

¡Qué magnificencia en la piedad! ¡Qué cariño á sus nietezuelos! ¡Qué moral tan sana y tan pura! ¡Qué consejos! ¡Qué máximas tan saludables las del anciano! No parece sino que la sabiduría de un oráculo sagrado se enciende en su frente: que una grandilocuencia sobrenatural inspira á su corazon:

es el tesoro de la ciencia humana recogido en el curso de los tiempos, al pié de esa cátedra de verdad llamada *esperiencia*, que tantas lágrimas arranca de nuestra alma.

Reparad en ese grupo encantador, que en una de esas noches estrelladas del verano se os ofrece bajo el emparrado del jardincito de un hogar blanco como las alas de una paloma: la luna se destaca sobre una alfombra de verbena esmaltada de luciérnagas, que semeja un lago tranquilo sembrado de chispas de plata; componen el grupo una mujer de facciones hermosas como el arbol de la pureza y de la modestia, que hace pasar entre sus dedos sonrosados el hilo de una pequeña lanzadera; y fabrica, como por milagro, esas mallas delicadas que luego se trasforman en bordados encajes para adornar las almohadas del hogar; á sus piés se agrupan dos ó tres niños de rubias cabecitas, que parecen escapadas de un lienzo de Murillo; y en frente descuella la respetable figura del anciano abuelo, con su cabeza poblada de cabellos blancos, revelando en su semblante ese carácter dulce y apacible con que nos pintan á los primeros Patriarcas en los cuadros bíblicos. El viejo entona el rosario con un acento de religion semejante al lenguaje revelado por Dios para conversar con Él, y la familia repite aquellos ecos armoniosos con una fé pura y santa que parece penetrar en los cielos para empaparse de aromas de ventura. ¿Qué corazón podría resistir esta escena tan tierna y elevada? ¿Á quién no conmovería el acento de estas criaturas inocentes, que, radiantes de virtud y pureza, invocan el amor de un Hacedor bajo los auspicios del inefable nombre, *Padre nuestro*?

Seguid, seguid, corazones generosos, latiendo de júbilo ante la magnificencia de vuestras obras sin revolcaros por el cieno que nos ahoga á los que pedimos al mundo las miserias del no sér, la falsa gloria que nuestra vanidad cimenta sobre obeliscos de escoria. Agrupad en torno del hogar las santas afecciones que despiertan los lazos de la sangre: buscad en la inocencia de la ancianidad ese nuevo amor paternal, que es la viva tradicion del pasado revelada por su boca: rodeaos del cariño fraternal de esos séres que llevan en sus venas una gota de vuestra sangre, y en su alma una ráfaga de la nuestra. ¡Que nada le falte al divino ideal de la familia!

LEANDRO A. HERRERO.

Á UNA ROSA.

Virgen del Valle, ramo florido,
Lumbre y encanto de las palomas;
De mariposas brillante nido,
Cerrado cáliz de mil aromas.

Naces del alba con la sonrisa,
Y entre las sombras tú te levantas,
Y al leve soplo de fresca brisa
Con tus colores más te abrillantas.

Perla del aura, del sol destello
Que los espacios del valle pintas,
Y de tus pétalos el iris bello
Son de arboles purpúreas tintas.

Luces galana tus mil colores
Entre las ramas, desde muy lejos,
Y se marchitan hojas y flores
De tu hermosura con los reflejos.

La sien coronas de virgen pura
Y en fresco jarro de régia estancia,
Luces las galas de esa hermosura
Al par vertiendo rica fragancia.

Ven, yo te adoro, mi pecho aspira
Tu blando aroma que el aura mece,
Y al alma triste que amor inspira
Solo tu vista placer le ofrece.

Y pues te asientas entre jazmines
Y son tu trono nítidas flores,
Yo seré el ave que en tus jardines
Siempre te cante trinos de amores.

Que yo te adoro, y en tierno esceso
Solo el mirarte forma mi encanto;
Ven á mis brazos, sé mi embeleso,
Y haz que en mis ojos se seque el llanto.

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

GALERÍA HISTÓRICA.

XIX.

LA VIUDA DE PADILLA.

La derrota de Villalar había sido el trágico desenlace de aquel glorioso alzamiento, en el que las ultrajadas libertades castellanas intentaban sacudir el terrible yugo con que el emperador Carlos V las

amenazaba. Vencido el heroico ejército Comunero, no tardó en suceder á la humillacion el suplicio de los ilustres caudillos populares.

Sometidas á las huestes reales las ciudades y villas que con tan mala suerte habian contestado al grito de los libres, Toledo únicamente, la imperial Toledo, ciudad insigne y veneranda siempre en los fastos de la historia patria, Toledo fué la sola poblacion rebelde, que, despreciando el comun peligro, intentó mantener enarbolada en sus muros la enseña de las castellanas libertades.

El génio protector de la ciudad de Wamba y Alfonso VI era una mujer, una noble heroína, que, animada del mas valeroso entusiasmo, contemplaba en aquella defensa singular la venganza de un esposo desventurado y el sacrificio á las franquicias populares.

Esta mujer, esta mártir, era doña María Pacheco, viuda del ajusticiado Juan de Padilla.

Hija del conde de Tendilla, y unida en matrimonio esta célebre amazona al ilustre caballero toledano, caudillo de los comuneros y víctima luego de su lealtad, fué siempre doña María mujer ejemplar por sus virtudes y claro talento. Ella, y mientras su marido, entregado á los azares de aquella guerra fratri-cida, tremolaba su bandera en los campos del combate, ella, con resolucion singular y dura firmeza, atendia á los gastos del ejército comunero, y del mismo modo resolvía cuestiones difíciles que recaudaba metálico y municiones para las huestes populares.

En su oratorio, y entregada á una fervorosa oracion, la sorprendió la primer noticia de la derrota de Villalar; quiso manifestarse impasible, ahogar con serenidad aparente la terrible pena que le destrozaba el corazon, pero su alma de mujer y esposa se rebeló á este heroico esfuerzo, y el dolor más profundo embargó el ánimo de aquella mujer desventurada.

Entonces es cuando, por conducto de un enviado, recibió doña María aquella célebre carta, poema de ternura y generosidad, que, trazado por la firme mano de su ilustre marido, venia á dar una clara idea de la desoladora realidad, de la verdadera desdicha.

«Señora:—leyó la infeliz esposa—si vuestra pena no me lastimara más que mi muerte, yo me tuviera eternamente por bienaventurado. Que siendo á todos tan cierta, señalado bien hace Dios al que la da

tal, aunque sea de muchos plañida, y de él recibida en algun servicio. Quisiera tener más espacio del que tengo para escribiros algunas cosas para vuestro consuelo: ni á mí me lo dan, ni yo querria más dilacion en recibir la corona que espero. Vos, señora, como cuerda, llorad vuestra desdicha, y no mi muerte, que siendo ella tan justa, de nadie debe ser llorada. Mi ánima, pues ya otra cosa no tengo, dejo en vuestras manos. Vos, señora, hacedlo con ella como con la cosa que más os quiso. A Pero Lopez, padre, mi señor, no escribo porque no oso, que aunque fui su hijo en osar perder la vida, no fui su heredero en la ventura. No quiero más dilatar, por no dar pena al verdugo que me espera, y por no dar sospecha que por alargar la vida alargó la carta. Mi criado Losa, como testigo de vista ó de lo secreto de mi voluntad, os dirá lo demás que aquí falta, y así quedo dejando esta pena, esperando el cuchillo de vuestro dolor y de mi desencanto» (1).

Este escrito era la despedida de un corazon cariñoso, el postrer gemido de aquella alma heroica al romper las ligaduras de la humana vida. María lo comprendió así, y lloró desconsolada el suplicio terrible de su Padilla, que en la plaza de Villalar entregó su noble cabeza á la cuchilla, en union de sus valerosos compañeros Bravo y Maldonado.

Toledo, que adoraba en su caudillo, lloró tambien el desastre, y María, irguiéndose con la altivez de la desesperacion y la venganza, rodeada de la inmensa muchedumbre que la obedecia, juró defender los muros de la ciudad, alcanzando de sus enemigos, si no un triunfo completo, cuando menos la concesion de ventajosas condiciones para aquel pueblo que tanto cariño la profesaba.

Con su tierno hijo en los brazos, derramando lágrimas, presentóse á la entusiasmada multitud en la plaza de Zocodober: ¡Muerte ó victoria! fué el grito que lanzaron con furor los toledanos al contemplar á la infeliz viuda del mártir, y cercándola en rugientes oleadas, formando en su derredor un mar hirviente y pronto á desbordarse; María y su hijo fueron conducidos al alcázar en hombros de los populares.

El turbulento Obispo de Zamora, aquel Antonio de Acuña, que sobre sus vestidos de sacerdote ceñia la armadura de guerrero, y que al frente de su hueste de clérigos habia sido uno de los más ardientes

(1) Histórico.

defensores de las Comunidades, acompañaba entonces á doña María Pacheco, en union con el capitán Hernando Dávalos.

El ejército imperial, conducido por el Prior de San Juan, avanza sobre Toledo en número de siete mil peones y tres mil caballos; incendia y arrasa los lugares vecinos, y por último llega á plantar su campamento ante la heroica ciudad. No se arredran los toledanos por más que entre los enemigos vean ondear las enseñas de muchos y principales magnates; la sangre de Padilla pide venganza, y el ánimo esforzado de su viuda les alienta.

Una defensa tenaz, continuada, terrible, se prolongó con todos los horrores del asedio; los imperiales, ansiosos de reducir la ciudad, enviaron á doña María como parlamentario á su tío el Marqués de Villena y al Duque de Maqueda. La presencia en Toledo de estos magnates encendió más y más el furor de la frenética plebe, que rompiendo por todo miramiento alborotóse de nuevo, ensañándose en dicterios y amenazas contra sus principales caudillos. Este suceso sembró entre los populares la indisciplina y el desaliento; muchos de los ardorosos defensores de Toledo pasáronse al enemigo; y entre ellos, el mismo Obispo Acuña, comprendiendo acaso el desdichado fin del suceso, fugóse también durante la noche por un portillo del río, y disfrazado quiso buscar en Francia un refugio; mas sorprendido en Villamediana por un destacamento del Emperador, fué hecho preso y conducido al castillo de Navarrete, y desde él á la fortaleza de Simancas, donde por fin halló la trágica muerte que aun hoy parece relatar aquella crónica de piedra.

Privada doña María del apoyo de Acuña y de tanto infanzon como por momentos la iban abandonando, sin dejar por ello de defenderse y atender á los sucesos del sitio cual un entendido y valeroso capitán, veía, sin embargo, con dolor que sus esfuerzos tocaban á su término.

No era solo el valor de los sitiadores lo que hacia temer una derrota; la discordia agitaba su tea entre la plebe, y una contienda civil, continua y cruel ensangrentaba las calles de la desventurada Toledo.

Agotados todos los recursos, rindióse al fin la ciudad, pero con ventajosísimas condiciones, y retirándose doña María Pacheco al alcázar con toda la artillería y gentes para su defensa.

Tres meses pasaron en esta forma los imperiales dueños de la población, y la viuda de Padilla habi-

tando el alcázar, según los tratos estipulados: comuneros y realistas uniéronse al parecer en fraternal abrazo, mas no habia de durar mucho esta concordia sobre cimientos tan débiles asentada.

Un día un muchacho que jugaba con sus compañeros en la plaza, antojósele gritar: ¡Viva Padilla! Sorprendido el jóven por un grupo de realistas, fué bárbaramente castigado; el padre del mancebo sale á su defensa, los imperiales acuden en tropel, lánzanse tras ellos los comuneros, y en las calles se traba una lucha sangrienta y desesperada, que tiene por término el suplicio de varios toledanos, entre ellos el honrado menestral, padre del jóven imprudente cuyo entusiasmo originó el suceso.

Resultado de esta jornada terrible fué la abolición de la *concordia*: rendidos los comuneros y espulsados de la ciudad, doña María buscó su salvación en el convento de Santo Domingo; pero ni libre en tal lugar de la persecución, amenazada con la ira de los vencedores, una tarde, disfrazada con el traje de labradora, ocultando su frente bajo las anchas alas de un sombrero de labriego, sin más compañía que una leal esclava, el alcaide de Almazan y Dávalos, todos igualmente vestidos de plebeyos, logró, con no poco riesgo, trasponer la puerta del Cambron; y ya libre en la Vega, encaminóse la pequeña comitiva hácia Escalona, lugar del marqués de Villena, tío de la Pacheco, y á las puertas de cuya fortaleza llegaron á llamar á media noche. Un nuevo dolor estaba reservado en aquel sitio á la heroica doña María. Con enojo recibió el implacable marqués la noticia de que su desdichada sobrina pedía hospitalidad á las puertas de su palacio. «¡Id, exclamó con ira al enviado; id y decidla que se vaya en buen hora donde quiera: mi castillo no ha sido nunca abrigo de traidores: que sufra las consecuencias de su delito!»

Con lágrimas en los ojos apartóse la infeliz María de aquel lugar execrable, y en la Puebla de Sanabria consoló su dolor con la benévola acogida de un hermano del altivo Marqués, tío suyo también, pero noble y generoso cuanto cruel y desnaturalizado el de Villena habia sido.

Temiendo á cada instante dar en manos de sus perseguidores, y una vez recobrado aliento, continuó doña María su viaje, y sin dificultad internóse por fin en Portugal, donde al abrigo de nobles protectores y vistiendo eternos lutos, pasó una existencia, si bien tranquila, acibarada con el doloroso recuerdo de sus desventuras pasadas.

En el camino pudo escuchar aquella desdichada mártir los pregones de infamia lanzados contra la memoria de su esposo, y el rumor de los destructores picos al demoler sus queridas viviendas, sobre cuyas ruinas, aradas y sembradas de sal, levantaban los implacables jueces aquel padron que decia: «Aquesta fué la casa de Juan de Padilla y doña María Pacheco, su mujer, en la cual por ellos é otros se ordenaron todos los levantamientos y traiciones que en esta ciudad y reinos se hicieron en deservicio de S. M., los años de 1521. Mandola derribar el muy noble señor D. Juan Zumel, Oidor de S. M. é su justicia mayor en esta ciudad; y este padron mandó poner el Emperador, é que ninguna persona sea osada de le quitar, so pena de muerte y perdimento de bienes.»

Lejos de su patria, exhaló doña María su postrer suspiro; al volar su alma hácia la mansion de los justos, rompía la cadena de sus infortunios, y gozosa se lanzaba en busca de su esposo, premiado por el Hacedor con el galardón de los mártires.

JOAQUIN TOMEY BENEDICTO.

MARIQUILLA LA IDIOTA.

(Continuacion.)

El alma sensible llora á la vista de la sencilla flor que alfombra la pradera; llora al ver desaparecer el sol en el horizonte; llora con los primeros trinos de las aves que saludan á su Dios, y llora, sobre todo, porque se encuentra en medio de un mundo egoista y miserable, que no comprende la esencia de su dolor.

Por eso le veis huir
 Á la elevada colina,
 O al envés del ancho monte
 O á las solitarias ruinas.
 Veis que busca en los recuerdos
 Los dolores de otros dias,
 Por ver si hay almas gemelas
 Que á otros cuerpos se trasmigran.
 Quisiera alzar á los hombres
 Que aquellos sitios vivian,
 Por ver si no eran crueles,
 Ni malvados, ni egoistas.
 Que la muerte tiende un velo
 Sobre la materia indigna,
 Y pensamos que virtudes

Solo en los muertos habia.
 Y veis el calvo filósofo
 Buscar la choza pajiza
 Solo por dejar un mundo
 Donde reina la injusticia;
 Y veis al gran palaciego,
 Con su orgullo sin medida,
 Venir buscando verdades
 Harto ya de la mentira.
 Y veis llorar solitaria
 La triste y sensible niña
 Engaños que la perdieron,
 Falacias que no creia.
 ¡Ay! que las almas sensibles
 Son de este mundo las víctimas,
 Y mientras ellas padecen
 Arrancan al mundo risas.
 ¡Ay del tierno corazon!
 ¡Ay del que llora en la vida
 Y no esconde sus dolores
 Aunque el pecho se haga trizas!

El padre Alberto sin duda habia venido al solitario cerro de San Miguel á lanzar esas lágrimas ocultas que arroja el manantial continuo de las almas tiernas y compasivas.

El padre Alberto no lloraba ninguna pena propia, ni ningun desengaño individual; lloraba por sus hermanos, lloraba por las penas y dolores de sus amigos, y por esa emocion poética que sienten las grandes almas á la vista de un paisaje grandioso, de una naturaleza bella y fecunda, donde vemos la mano de Dios dar colores, perfumes y vida á la tierra reseca y estéril, que fuera un vasto arenal, como el que arrojan los mares, sin ese soplo divino que la da su riqueza y aromas.

Nos pareció muy digna de respeto la soledad y melancolía de aquel sacerdote, y nos retiramos á la preciosa capilla que descuella sobre el cerro como una paloma sobre la vasta cornisa de un edificio solitario.

Allí estábamos hablando con el padre ermitaño que ha sustituido al memorable padre Pascual, cuya austera penitencia y amor al hermoso Arcángel que custodiaba le hicieron ser la admiracion y pasmo de las gentes, cuando vimos llegar grave y reflexivo el sacerdote que habia quedado en la cúspide del cerro.

Venia á visitar la hermosa escultura que, segun tradicion popular, costó la vida al escultor que la

hizo; pues no quiso permitir Dios que hubiese otro que comparársele pudiese siquiera.

Á la vista del Ángel, sujetando con su forzuda planta al soberbio Satanás, y blandiendo sobre su cabeza monstruosa el acero empuñado por un brazo varonil y hermoso á la vez como el de una Vénus, la vista del padre Alberto se quedó fija y llena de asombro con un entusiasmo artístico.

—¡Loado sea Dios, que permite á los hombres hacer obras como esta!

—¡Amen! respondimos todos llenos de orgullo con nuestra efigie bendita, la más célebre en Granada despues de la de las Angustias.

Despues de ver la capilla con escrupulosidad, pasamos á examinar las flores y preciosidades que reservan para ciertos dias en esta casa de Dios, tan retirada de la ciudad, tan elevada en su cerro, y tan libre sin embargo de malhechores y vagamundos.

Mientras que en templos concurridos han robado algunos miserables malvados hasta el copon con sus Formas, aquella ermita, más sola que un lirio en el elevado torreón de una antigua fortaleza, ha permanecido respetada con el Santo varon por guardian que la ha habitado tantos años, heredando la de otros varones anacoretas retirados como él.

Hablando con el padre Alberto de esta singularidad, se trajeron á la memoria otros prodigios divinos, que los incrédulos juzgan casualidades y los que tenemos fé llamamos milagros.

El padre Alberto era tan amable como sensible, y pronto simpatizamos con él, refiriéndonos mutuamente lo que habíamos visto en nuestras visitas á los templos y á las ermitas y capillas de las cercanías.

Como uno de los portentos sagrados era á nuestro entender el San Jorge que vimos en la infancia, rodeado de arañas, que ni se mueven ni pican, y parecen incrustadas en la pared, ó enclavadas allí para no moverse nunca, le manifestamos nuestra admiración, y al mismo tiempo le referimos la escena de la pobre idiota y sus crueles hermanas.

El padre Alberto palideció, y aun creímos ver rodar por sus mejillas una cristalina lágrima.

—¡Pobre María! respondió lanzando un suspiro y elevando los ojos al cielo.

—¿La conociais, padre mio? le preguntamos con interés.

—La pobre niña no tuvo otro consuelo que yo en el mundo, y al espirar estrechó mi mano, y me se-

ñaló un rayo de luna que daba en sus pies como diciendo:—Esa es la luz de Dios y yo voy á buscarla!

Despues miró con tristeza una blanca ovejita que balaba dolorida alrededor de su lecho, y me dijo con entrecortada voz:

—¡Cuidadla cuando yo me muera!

—¡Pero María era muda, señor! ¡Esa no es la María que nosotros conocimos en nuestra niñez; respondimos sin podernos contener.

—La niña de que os habló es la misma de que me habeis hablado á mí; *Mariquilla la idiota*, segun ese mundo que no la comprendió jamás, y la santa para mí, que la vi espirar, y la he visto, despues de algunos años de haber sido enterrada, natural é incorrupta, como cuando vivia.

—Si no nos tachais de imprudentes, señor, referidnos, por Dios, esa historia, que debe ser muy dolorosa.

—Sí, en verdad; respondió el sacerdote ahogándosele la voz en la garganta; pero no necesito referirlo; conservo las páginas de esa historia escrita por mí en un gran libro, donde tengo la curiosidad de ir estampando los hechos que me han conmovido más en mi vida.

La mision del sacerdote en la tierra es la del consuelo, y por eso todas las historias de luto y agonía son las que destrozan su corazón, sobre todo cuando con mano benéfica no puede remediarlas.

Él tiene que llorar interiormente los dolores de los desgraciados, y mostrar en su rostro la dulzura y la tranquilidad que el que sufre necesita para conformarse con su destino.

Él tiene que ver extinguirse la vida de los seres: esa vida que tanto ama la criatura, y que, sin embargo, se conforma á perder cuando el sacerdote con voz conmovida le enseña las bienaventuranzas del cielo.

Él tiene que destruir la feroz increencia del asesino, y visitarle en la capilla donde está sentenciado á morir, quizás cuando amaba más su existencia. Allí vemos los ministros de Dios, la tierna despedida que aquel hombre hace á su pobre [mujer y sus hijos.

Allí le vemos deponer su ferocidad y disponerse resignado á entregar una vida que, por conservarla, ha hecho perder la existencia á otros seres.

¡Bendito sea Dios, que nos ha revestido, á nosotros pobres hombres que nada merecemos, con las sagradas vestiduras de la Iglesia, para llevar al hogar

de los desgraciados los mensajes del bien y las promesas de la eternidad!

—¡Oh! sois muy bueno, padre Alberto; le dijimos con emoción.

—Yo soy hombre, y los hombres no pueden ser buenos nunca, respondió con sencillez y naturalidad; la buena, la santa, la consoladora y la justa es la Iglesia, esa Santa Madre que para todos los dolores halla medicina.

Nosotros somos los médicos del alma, encargados por ella de dar los néctares y los lenitivos que apagan la sed del pecador y le iluminan con la gracia.

El que no ame la fundación de la Iglesia, el que desconozca que sin la voz del sacerdote, que habla en su nombre, no habría felicidad posible ni muerte tranquila, es más digno de compasión que el pobre reptil que hollamos con la planta

¡Pero.... ¡ay, señores! Yo abuso de vosotros hablando demasiado de lo que todo cristiano conoce.

—¡Todos no, padre mio! Unas manos sacrilegas acaban de robar ayer las Formas sagradas en la Iglesia de *San Justo y Pastor*, y esas impías manos las querían quizás para destruirlas y pulverizarlas. (1)

—Ese impío se arrepentirá bien pronto, é implorará desolado el perdón, ó al morir recibirá en su corazón una llama divina que le haga arrepentirse de sus errores: entre tanto, harto infeliz será con su crimen, y debemos compadecerle y rogar á Dios por él únicamente.

—Sois demasiado bueno é indulgente, le dijimos, arrodillándonos y besando su mano con respeto.

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

GALERIA DE ARTISTAS CELEBRES.

III.

MIGUEL ÁNGEL.

(Continuación.)

V.

Alejandro VI acababa de descender al sepulcro, y la Silla de San Pedro fué ocupada por Julio II, Pontífice de un carácter enérgico y tenaz, quien apenas puso el pié en el trono llamó á Roma á nuestro artista, y le dijo:

(1) Es muy cierto que el pasado año de 64 tuvo la católica Granada este conflicto; pero las rogativas y sermones del padre Alberto, el sábio capellan Pagés, cura entonces de aquella colegiata, y otros santos varones, hicieron que el ladrón se arrepintiese y volviese las Formas sin el cáliz.

—Bonarroti, te encomiendo mi estatua; procura que la obra sea digna de Julio II y de Miguel Ángel.

Las esperanzas del Papa no fueron defraudadas por su escultor; la estatua colosal de Su Santidad, vaciada en bronce, fué espuesta en el átrio de San Petronio, en medio de las exclamaciones de entusiasmo de la multitud.

Allí permaneció hasta que en 1511 fué derribada en una conmoción popular.

Agradó tanto al Pontífice esta obra, que deseando legar á la posteridad su nombre unido al de Bonarroti, le llamó un día, encargándole el modelo del mausoleo en que á su muerte quería ser enterrado.

El escultor presentóle á los pocos días el dibujo de un gigantesco monumento, el cual estaría decorado por cuarenta estatuas y multitud de preciosos bajo-relieves.

Julio II acoge entusiasmado el proyecto de su artista, y le ordena poner al punto manos á la obra.

Miguel Ángel parte á Carrara, con objeto de escoger por sí mismo los mármoles necesarios, y, merced á su actividad, pronto se encontraron en Roma las piedras que habían de convertirse bajo su cincel en maravillosas creaciones.

La impaciencia de realizar el poema de piedra que el gran artista concibiera, fué el aguijón que le movía á activar los necesarios preparativos.

Llegar á Roma, y poner mano á la obra, este era su único deseo, el cual no pudo ver cumplido, porque las intrigas de sus émulos le habían arrancado durante su viaje las simpatías del Papa, que se negó á recibirle, privándole la entrada en su palacio.

Ante acción tan incalificable, sintió Bonarroti sublevarse su dignidad, y lleno de despecho dijo al que le comunicaba la orden de Julio II:

—Decid al Pontífice que él por su voluntad me aleja ahora de su casa, pero que yo por mi gusto me alejo de Roma para siempre.

Aquel mismo día Miguel Ángel, en cumplimiento de lo dicho, dejó la ciudad, pasando á establecerse en Florencia.

Enterado el Papa de esta determinación, manda al punto emisarios para detener al artista, pero como estos no lo consiguiesen, monta en cólera, y con un arranque propio de su violento carácter, declara la guerra á la República florentina y parte á la cabeza de un ejército, resuelto á llevarlo todo á sangre y fuego si no le devuelven su escultor.

Bolonia fué tomada por asalto, y la misma suerte

hubiera cabido á la patria del Dante, si los ruegos del gonfaloniero Soderino no hubiesen logrado hacer al artista salir al encuentro del terrible Pontífice.

Hallábase este comiendo en el palacio de los Diez y seis, cuando se le presentó Miguel Ángel, el cual postróse á sus piés en actitud respetuosa, pero digna.

Los circunstantes, presumiendo que la cólera del Pontífice estallaría á la vista del rebelde, temieron por el pobre escultor.

En esta creencia, todos guardaron silencio; pero el Cardenal Soderini, con objeto de conjurar la tormenta que amenazaba á Miguel Ángel, exclamó dirigiéndose en tono suplicante á Julio II:

—Señor, perdonadle, si os ha ofendido; si ha pecado, no ha sido más que por error, por ignorancia.

—¡Desventurado! replicó entonces el Pontífice, balbuciente de ira, ¿te atreves en mi presencia á injuriar á mi escultor? El ignorante y el pecador eres tú.

Y sin poder contenerse, descargó su baston sobre la cabeza del pobre Cardenal, que, sin saber lo que le pasaba, salió de la estancia confundido y anonadado.

Julio II y Bonarroti volvieron á ser los mejores amigos, y ordenándole que hiciera otra vez su estatua, se despidió para Roma, diciéndole que terminado su encargo pasase á buscarle.

Los émulos del gran artista no tan solo consiguieron su propósito, sino que con sus intrigas hicieron que el Papa le diese una nueva prueba de cariño.

«La envidia es como la gangrena; se consume á sí misma.»

Julio II no podía pasar sin Miguel Ángel.

VI.

El encargo del Pontífice, ejecutado en menos de un año, dejó libre á nuestro artista para volar á Roma, deseando empezar el monumento que había de inmortalizarle.

Pero otro nuevo y terrible desengaño salió á oponerse á la realizacion de aquella idea querida, tanto tiempo alimentada en su mente.

Durante su ausencia, sus infatigables enemigos, entre los que figuraban ya Bramante y Rafael de Urbino, viendo lo ineficaces de sus esfuerzos para malquistarle con el Papa, variaron de plan, resueltos á perder á cualquier costa al esclarecido escultor.

Empezaron, pues, á alabar delante del Pontífice los frescos y los cuadros de Miguel Ángel: su objeto no era otro que ver si Julio II, escitado con tantos encomios, encargaba cualquier obra de este género á su protegido, y este, que nunca había puesto mano en semejante clase de trabajo, arrastrado por el Papa se desacreditaba.

Este medio empezó á dar á sus autores los más escelentes resultados.

El Pontífice deseó conocer el talento que su escultor tenía para la pintura, y así que este se le presentó á pedir la vénia para empezar su monumento, llena su imaginacion de un mundo de estatuas; el Papa, llevándole á la capilla Sixtina, le dijo:

—Bonarroti, el mundo no conoce sino á medias el poder de tu génio.

Yo quiero hacerle ver que vales tanto con la paleta como con el cincel y el martillo.

Así, pues, dejemos por un momento mi tumba, y ocúpate en decorarme al fresco la bóveda de esta capilla.

—¿Qué dice vuestra Santidad? replicó Miguel Ángel, creyendo no haber entendido bien.

—Te he dicho que deseo me pintes al fresco esta bóveda.

—Eso es imposible, señor, yo no he pintado nunca. Solo dibujé un carton en Florencia, y en mis primeros años hice algunas cosas insignificantes en el estudio de mi maestro; por lo demás yo ignoro hasta el procedimiento que se emplea en esa clase de trabajos.

—No existe para mí la palabra *imposible*: te he dicho que pintes esa bóveda, y la pintarás.

El Pontífice, pronunciadas sus últimas frases con toda la energía de su carácter, salió de la capilla.

Un rayo que hubiera caído á los piés de Bonarroti no le causaría de seguro la impresion de las últimas palabras de su protector.

La disyuntiva era terrible: ó negarse á obedecer y partir de Roma, dejando á sus enemigos celebrar su triunfo, ó admitir y hacer una obra que echase por tierra una reputacion conseguida á costa de tantos sacrificios.

Lo que pasó por el alma del eminente artista en aquellos momentos, los más terribles, los más solemnes de su vida, no se puede describir.

Aquel poema de piedra existente ya en su imaginacion, aquel mundo de estatuas, pensado ya has-

ta en sus detalles más pequeños, desaparecía como por encanto ante las intrigas de sus enemigos.

Golpe tan terrible, aturdió al pronto á Miguel Ángel, quitándole hasta la facultad de pensar.

Pero las almas enérgicas no se doblegan mucho tiempo ante el viento de la desgracia; se abaten por el momento, pero la reaccion se opera pronto, y un esfuerzo gigante les da la victoria.

Esto sucedió á nuestro artista, el cual, olvidando su mausoleo, se decidió á obedecer las órdenes del Papa.

—¡Ya sabia yo que aceptarias! exclamó Julio II lleno de gozo, cuando escuchó de boca de su escultor que se encontraba dispuesto á empezar la obra.

Pero el Pontífice no reparaba que la pena habia dejado huellas indelebiles en la faz de Bonarroti, y que su cabeza habia encanecido en una sola noche.

VII.

Miguel Ángel se encerró en la capilla Sixtina, hizo venir de Florencia á su amigo antiguo y condiscípulo Grana ni, y le mandó pintar á su presencia un trozo de muro.

Enterado de los procedimientos que empleaba, le despidió pagándole espléndidamente, borró cuanto habia hecho, y solo, sin consentir que nadie le ayudase, ni aun para moler los colores, empezó su obra.

Veinte meses despues, Roma entera acudia á admirar la maravillosa creacion que brotara del pincel de Miguel Ángel.

Jamás cuadro alguno mereció más sinceros y entusiastas aplausos.

Sus enemigos rugieron de cólera ante la impotencia de su último recurso; y el Pontífice, abrazando á su artista, le dijo con voz ahogada por la emocion:

—Tus émulos, querido Bonarroti, te han proporcionado con sus intrigas un nuevo triunfo. La bóveda de esta capilla hará conocer á la posteridad que lo mismo creas un mundo de estátuas que de sombras y colores.

¡Bendito sea el poder de tu génio!

VIII.

Terminada la bóveda de la Sixtina, Miguel Ángel arrojó su paleta, y ¡acogióse de nuevo á su arte fa-

vorito, dando principio á la tumba de su protector.

Pero el destino habia ya decretado que el plan de Bonarroti no llegaria á realizarse, y así fué, en efecto.

Julio II murió poco tiempo despues, y su sucesor Leon X, aquel Pontífice que habia de dar nombre á su siglo, ordenó al artista que abandonase su obra favorita, y pasase á Florencia á dirigir la construccion de la biblioteca de San Lorenzo.

Esta obra, primera que vemos ejecutada por Miguel Ángel en arquitectura, fué lo único en que le ocupó el nuevo Papa, quien, dando oídos á sus émulos, le relegó por completo al olvido.

Un tósigo puso fin á la existencia de este Pontífice; y Adriano VI, que ocupara la Silla, no se cuidó mas que su antecesor de Bonarroti, á quien no vemos figurar de nuevo hasta que bajando á la tumba este Padre Santo es elevado á la Silla apostólica Clemente VII.

Cuando este noble sucesor de San Pedro jura el trono, el duque de Urbino, pariente de Julio II, se contentó con haber llevado á los tribunales á nuestro artista para obligarle á acelerar la conclusion del mausoleo, ofrecia darle de puñaladas si no se mostraba dócil á su pretension.

Bonarroti conocia demasiado lo capaz que era el duque de llevar á debido efecto su amenaza; así que, con objeto de alejar el peligro, restituyóse á Florencia á emprender de nuevo su obra.

Pero al llegar á la ciudad, la guerra ardía en su seno; los florentinos habian sacudido el yugo de los Médicis, y un ejército de más treinta y cuatro mil hombres rodeaba los muros de la hermosa perla del Arno.

El gran artista trasformóse de repente en guerrero, y desplegando los recursos de su génio, dirige la defensa por espacio de once meses, de tal modo, que si la traicion de Malatesta no viniera á inutilizar sus esfuerzos, la enseña de los Médicis no hubiera ondeado más sobre aquel pueblo de bravos.

Los vencedores ocuparon la ciudad, manchando su triunfo con la sangre de seis de sus más ilustres ciudadanos.

Miguel Ángel, oculto en el campanario de San Nicolás de Arno para evitar la persecucion, es descubierto y presentado á Alejandro de Médicis, nuevo gonfaloniero.

(Se continuará.)

JULIAN CASTELLANOS.

REVISTA MUSICAL.

Teatro Rossini.—**Norma**, ópera en tres actos del maestro Bellini.—

Datos biográficos acerca de este compositor.

La última novedad ofrecida en el Teatro Rossini ha consistido en la aparición por primera vez de la triple Sra. La Grua á desempeñar la parte de protagonista en la sublime ópera de Bellini, titulada *Norma*, en la cual tanto han brillado innumerables artistas, siendo, por decirlo así, la piedra de toque en donde ensayan y dan á conocer sus verdaderas facultades, prestando esta obra un ancho campo para lucir en su sumo grado como cantante y como actriz. Así resulta que la célebre Pasta, la incomparable Malibran, y otras muchas despues, han obtenido una gloria inmensa cantando esta gran partitura, en la que su jóven autor nos revela una grandiosidad de estilo que no se advierte en otras suyas, sin que se crea por esto que están desprovistas de otras cualidades tan superiores ó eminentes como las que resaltan en la composicion de que nos ocupamos.

Como quiera que la carrera de este inmortal maestro fué corta, aunque no por éso deja de ser gloriosa en alto grado, pues ocupa uno de los primeros lugares entre los compositores de la escuela italiana en este siglo, daremos aquí algunos pormenores breves y ligeros acerca de sus obras, rindiendo así un tributo justo á la memoria de tan malogrado maestro.

Vicente Bellini nació en Catana el 3 de noviembre de 1802.

Hizo sus primeros estudios musicales en Nápoles, en cuyo conservatorio fué admitido á la edad de diez y siete años, estando bajo la direccion de Tritto, y despues que este murió á cargo de Zingarelli, debiendo á uno y otro bien poca cosa, en atencion al descuido con que se miraba entonces la enseñanza en aquella capital. Por esta razon puede considerarse á Bellini como músico de instinto, que se ha formado á sí mismo, y no como discípulo de una gran escuela.

Su primera ópera fué *Adelson é Salvina*, representada en 1824 en el teatrillo del Real colegio de música; y dos años despues dió en el de San Carlos otra titulada *Bianca é Fernando*, en las cuales ya se dió á conocer el talento del jóven compositor, haciendo concebir grandes esperanzas para lo sucesivo.

Á consecuencia del triunfo alcanzado con la última de dichas dos obras, fué contratado en 1827 para

el teatro de la Scala en Milan, honor que solo se concedia á los más aventajados y célebres maestros.

En esta capital compuso, pues, aquel año *El Pirata*, que obtuvo un éxito extraordinario, atrayendo la atencion del mundo musical, no solo hácia el autor, sino hácia su admirable intérprete Rubini, que desempeñó la parte principal de esta obra en compañía de Mme. Pasta.

En 1828 se representó en el gran Teatro de Milan *La Straniera*, la cual fué recibida tambien con gran entusiasmo, contribuyendo muy principalmente á su buen éxito Mme. Meric Lalande y Tamburini, artistas notables en aquella época.

Al año siguiente recibió el encargo de escribir una ópera para la inauguracion de un teatro nuevo en Parma, y fué esta *Zaira*, que no tuvo buen resultado. Sin embargo *I Capuletti ed i Montechi*, representada en Venecia en 1830, segun ya digimos en nuestra anterior revista al hablar de esta ópera, conocida tambien por el título de *Julietta y Romeo*, y *La Sónámbula*, estrenada por Mme. Pasta en Milan en 1831, añadieron nuevos lauros á su gloria artística.

Como se echase en cara á Bellini la forma limitada con que presentaba la mayor parte de sus obras, y la descuidada instrumentacion, trató en la ópera siguiente de agrandar su estilo, dándole más nervio y entonacion. Así resultó en efecto, y la *Norma*, que en un principio no llegó á satisfacer, concluyó por escitar el más vivo entusiasmo, á lo cual coadyuvó en gran manera el admirable talento de la Malibran, elevando á gran altura la inspirada creacion dramática del jóven maestro.

Despues de un año de descanso, durante el cual visitó su país natal y algunas otras ciudades de Italia, emprendió de nuevo sus trabajos, dando á luz la *Beatrice di Tenda*, en la que estuvo menos acertado. A pesar de esto, tomó la resolucion de pasar á Francia, y asentar allí sobre base sólida su reputacion y fortuna. Llegó á Paris en 1833, y por algun tiempo se ocupó en estudiar el gusto é inclinaciones de los habitantes de esta gran capital.

Por consecuencia de esto, y despues de una corta expedicion á Lóndres para dirigir la representacion de una de sus obras, escribió en 1834 *I Puritani* para el Teatro Italiano en Paris, cuyo desempeño estuvo á cargo de Rubini, Tamburini, Lablache y la Grissi, cada cual en su género un talento de primer orden: de suerte que si los cantantes secundaron bien al autor, éste á su vez tuvo el gran mérito de

colocarlos en las condiciones más ventajosas para que lucieran sus excelentes facultades.

I Puritani es sin disputa la obra maestra de Bellini, pues tiene una composición más completa que sus demás óperas. En ella hay variedad, instrumentación elegante y formas muy desarrolladas, notándose un gran progreso y marcado adelanto con respecto á la anterior. Este cambio sin duda se hubiera realizado por completo á no venir la muerte á cortar tan prematuramente el hilo de su existencia, cuando se estaba ocupando en escribir una gran obra, y sin haber cumplido todavía los 34 años, pues espiró el 24 de Setiembre de 1835.

El puesto que ocupa Bellini entre los compositores italianos de este siglo es muy distinguido, encontrándose después de Rosini y al lado de Donizetti, de quien fué competidor por algun tiempo. De naturaleza fina y delicada, genio dotado de gran melodía, más tierno y conmovedor que fuerte y variado, se inspiró directamente en los maestros del siglo XVIII, imitando más particularmente á Paisiello, cuya languidez y suavidad reprodujo admirablemente. En *Sonámbula* resalta en sumo grado esta cualidad que acabamos de indicar.

Volviendo á *Norma*, cuya representación en el Teatro Rosini es lo que motiva esta revista, diremos cuatro palabras acerca de la ejecución, la cual en conjunto ha sido buena.

La Sra. La Grúa, cantante célebre en otro tiempo, se encuentra ya en el ocaso de su carrera artística, y aunque se nota en ella todavía algunas buenas cualidades y resto de otras, la parte de *Norma* no ha sido cantada por esta señora con todo el vigor, entonación y maestría que el papel exige, brillando algun tanto por su presencia escénica y su actitud dramática, que en ciertos momentos la salvan de la debilidad y escasos resortes de su voz. Sin embargo, se advierte desde luego en esta artista buen método de canto y timbre delicado, por lo cual se hizo aplaudir en varias ocasiones, sobre todo en el tercer acto.

La Sta. Garulli estuvo acertada en su papel de *Adalgisa*, siendo aplaudida en las diferentes piezas que cantó.

Respecto al Sr. Tamberlick, todo lo que se diga es poco, pues no es fácil espresar con palabras y de una manera exacta las dulces impresiones que siempre produce el oír su poderosa voz, tan hábilmente manejada. Encargado de interpretar la parte

de *Polion*, diremos tan solo que estuvo sumamente feliz, identificándose con el personaje que representaba y espresando perfectamente las opuestas situaciones en que se encuentra, ya con *Norma*, ya con *Adalgisa* á las que dirige un inconstante amor. El distinguido tenor fué aplaudido frenéticamente en todas las piezas que cantó y llamado repetidas veces á la escena, no sabiendo ya el público cómo espresar el gran entusiasmo que siente al oír á tan eminente artista.

El Sr. Vialletti desempeñó su corto papel regularmente.

Terminaremos estas líneas haciendo una señalada mención del acreditado pintor D. Francisco Pla. Las excelentes decoraciones que ha puesto en esta ópera son dignas de atención y aplauso por su hermoso colorido y su gran propiedad.

FELIPE PEREZ DE ANAYA.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

Primera figura. Vestido de gasa, compuesto de una falda tunecina con rayas punzó, cayendo sobre otra falda de linon rosa, adornada en el bajo por una greca de terciopelo punzó. La falda de encima termina por festones redondos y se recoge de trecho en trecho con estrellas de terciopelo; en cada onda va tambien colocada una estrella pequeña. Cuerpo alto figurando escote; el adorno es semejante á la falda, manga estrecha, listones de cinta punzó en el cabello.

Segunda figura. Vestido de gasa fondo blanco sembrado de lunares verdes muy claros; cuerpo con aldetas guarnecido de tafetan verde cubierto de guipur. Este mismo adorno forma vueltas repitiéndose en el bajo de las mangas y en los hombros. La falda tiene sobre cada paño tres tiras de tafetan que terminan en punta, sobresaliendo la de en medio, encima de cada cual va colocada una estrella verde. Gorra catalana de guipur con follaje verde.

Tercera figura. Vestido de batista blanco con dos faldas: la primera guarnecida de veinte pliegues. La segunda en festones ovalados guarnecidos de una puntilla valencienas. Grupos de margaritas de encaje encima de los festones y tiras de lo mismo dentro de cada onda. El cuerpo figura vesta Figaro por delante, bajando por los costados á convertirse por detrás en una aldeta Diana. Manga justa, adornada arriba y abajo por entredoses. Camiseta suiza á plieguecitos. Cinturon Imperio. El trasparente de este vestido es color malva, cintas iguales en los cabellos y sombrilla lo mismo.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, JUAN DE MOLINA.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.
Calle de Preciados, 74, bajo.



LA VIOLETA

Redaccion y Administracion

Concepcion, Gerencia No 13, Plaza de la Ducha
Ayuntamiento de Madrid

